

rizontes espirituales pudieron medirse con los de Bolívar, el Maestro de la Libertad, y con los de Martí, el Maestro del Ideal.

Contribuyó a hacer de América el Continente de la Esperanza, la tierra de todos, el Continente donde todos los hombres del mundo se sienten compatriotas y todas las sangres parecen rodar al latido de un solo corazón; la tierra donde las selvas son regazos maternos, donde los volcanes son faros de la Libertad y donde las pampas se tienden hasta el horizonte y tocan el cielo como si fueran caminos que llevan a Dios.

Para eso, del trigo candeal de su espíritu hizo pan de intelecto, y lo repartió cristianamente en una sagrada cena sin beso de Judas ni presagios de Calvario. Para eso, de cada tierra

que holló su planta y conmovió su verbo hizo una jovial Galilea donde todo discípulo encarnó un Juan evangelizador.

Eugenio María de Hostos:

Soy discípulo de tus discípulos; nutro mi espíritu en la perenne multiplicación de tus panes, e hijo de una tierra americana a la cual te diste con mayor generosidad en amor y ciencia, yo humedezco mis palabras en el luminoso Jordán de tus huellas y las tiendo hacia tí, cargadas con la carga sin peso de una plegaria que América, la patria de todos, ofrenda a la inmortalidad de tu gloria!

11 enero 1939.

## ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA

### LA PALABRA DEL MAESTRO

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. FED. HENRIQUEZ I CARVAJAL, PRESIDENTE DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA, EN EL ACTO CELEBRADO POR ELLA EN LA SALA BARALT DE LA BIBLIOTECA PUBLICA, LA NOCHE DEL 14 DE ENERO, COMO SU HOMENAJE A HOSTOS EN EL CENTENARIO DE SU NATALICIO.

Bienvenidos seais, Damas i Caballeros, i gracias por doy por vuestra asistencia a este acto académico en honor del Maestro de Maestros. Con vuestra presencia le dáis, sin duda, mayor solemnidad a este acto público i solemne.

Dos actos, acaso los de mayor relieve, han sido celebrados, en este antiguo edificio que ha sido un templo sucesivamente en tres distintos momentos históricos: como Tercera Orden Dominicana, como Escuela Normal de Santo Domingo i como Biblioteca Pública. A dos discípulos de Hostos, únicos supervivientes del primer grupo de normalistas investidos en 1884, se les confió el discurso de orden en ambos actos respectivamente. Al uno el Dr. Arturo Grullón en el acto de la colocación de la primera piedra en donde se erigirá el monumento en honor del Maestro esclarecido; al otro, el Señor don Félix E. Mejía, en este acto académico. El uno destacó la noble figura de Hostos, como bueno i sabio, en su obra i en su vida escolar i hogareña; el otro nos lo mostrará esta noche, como sabio i bueno, en su obra i en su vida de peregrino del ideal antillano i de maestro i fundador de la enseñanza racional en la República.

Con ambos discursos bastaría para poner a plena luz la vida i la obra del Maestro Dominicano, Prócer Antillano i Ciudadano de América. Debo, sin embargo, —pues hasta ahora solo he pronunciado un discurso en cinco líneas en relación con la piedra simbólica del monumento

glorificador— decir algunas palabras como mi homenaje i mi ofrenda cordial a quien fué también mi amigo i mi maestro en las nuevas disciplinas de su sistema de enseñanza.

Daré con ellas contestación a una pregunta que se me ha dirigido ahora como otras veces: "Cómo ha visto i ve usted al señor Hostos?". I respondo: Siempre lo ví i aun lo veo de alma entera. Así lo ví siempre porque estuve, en un lapso de veintiocho años, muy cerca de él, junto a él, a su lado; nunca en frente i tampoco a sus espaldas. Era bueno. Era sabio. Era justo.

Así lo ví cuando, en mayo de 1875, llegó a Puerto de Plata i el Dr. Ramón Emeterio Betances, el Antillano, mi noble amigo, hizo su presentación en la morada del General Gregorio Luperón, enfermo, a este prócer restaurador, a Segundo Imbert i a mí. Florecía la primavera cuando, a la luz de la luna, mientras se oía el rumor de las olas del vecino mar cantor i el susurro de la brisa se deslizaba por la esmeralda de la loma vecina, en la Plaza Duarte de la ciudad porteña me comunicó, a mí el primero, su docto plan de Escuela Normal de Maestros con su sistema de educación moral i cívica i su enseñanza racional i láica.

Noto que estoy hablando de mí mientras discuro i hablo del amado Maestro. Eso así por que yo siempre, ya lo dije, estuve a su lado. Se me ocurre que a los noventa años bien se puede hablar de sí mismo, como si fuese de un terce-



ro: de uno que fué i ya no es. Me ampara vuestra benevolencia.

Cuatro años después, en 1879, Hostos volvió al país procedente de Venezuela. Venía a fijar su tienda de peregrino en la Ciudad Primada de la Española. Aquí encendió su hogar i nacieron cinco de sus hijos. Entonces fué cuando articuló la primera Ley de Escuelas Normales. El Ejecutivo la recomendó al Congreso Nacional. Dos Senadores redactaron de acuerdo el informe en favor del proyecto: Juan Tomás Mejía i yo. El Congreso adoptó el informe i votó la ley a unanimidad de votos. En marzo de 1880, bajo el régimen de facto presidido por Luperón, se estableció la Escuela Normalista. A ello contribuyeron con su adhesión activa los dos Consultores del Gobierno en la Delegación a cargo de Ulises Hereaux. El dinero no abundaba; pero hubo con que cubrir los gastos iniciales del establecimiento de la escuela. Esta tuvo su asiento durante un año en el piso bajo de la casa frontera a la Plaza Duarte i a la calle del mismo nombre esclarecido.

Cuatro meses más tarde una comisión integrada por Gabriel B. Moreno del Cristo, José Joaquín Pérez i Fed. Henríquez i Carvajal rendía el primer informe, redactado por mí, con el cual se daba a conocer la árdua labor realizada por Hostos. En 1881 se trasladó la escuela a la Tercera Orden Dominicana. Este es el local histórico de la Escuela Normal de Santo Domingo. En sus aulas profesaban los jóvenes auxiliares que en sus propias lecciones se educaban para el magisterio normalista: Francisco Henríquez i Carvajal, José Santiago de Castro, José Dubeau, Emilio Prudhomme, i Carlos Alberto Zafra, que les ha sobrevivido.

Un segundo informe, rendido por otra comisión compuesta por Lucas Gibbes, Juan T. Mejía i por mí, cuya redacción también se me atribuyó, dió a conocer entonces la eficiencia de la enseñanza normalista por las flores surgidas en el surco i los primeros frutos promisoros.

La primera jornada fué de nueve años. En ella hubo cuatro investiduras de Maestros Normales; dos investiduras de Maestras Normales, alumnas laureadas del Instituto de Señoritas dirigido por Salomé Ureña de Henríquez; i la investidura otorgada a los profesores auxiliares del maestro.

Yo no figuré entre ese último grupo, por haber asumido la inspección escolar i tenido a mi cargo la implantación del nuevo régimen educativo en las escuelas públicas i privadas de Santo Domingo. Pero actué en los exámenes anuales de la Escuela Normal como miembro del Jurado; i solía presidir el acto festival de las investiduras.

Las últimas tuvieron lugar el 17 de diciembre de 1888. Ese día se graduaron el cuarto grupo de maestros normalistas i el segundo de maestras, alumnas del Instituto de Señoritas, como el 17 de abril de 1887 lo había sido el primer grupo de maestras normales. En ese acto pronuncié el discurso con el cual ponderaba i a-

quilataba el valor de la nueva enseñanza realizada por el amado Maestro con la abundante cosecha de los Frutos de la Normal. En ese discurso—inédito durante medio siglo i ahora inserto en el diario de la tarde— correspondí también a la dolorosa despedida del Maestro. El peregrino alzaba de nuevo su tienda i se iba, malsugrado, con destino a Chile. I se fué diciéndome su silencioso “hasta mañana”.

Doce años transcurrieron i nada llenó el vacío de su larga ausencia. Su epistolario—contenido en las cartas que me dirigía entonces i ahora figuran en “Clío”— se le ve, como yo lo ví, el mismo i siempre de alma entera. Su amor ansioso volaba de continuo hacia las “islas madres”. La victoria e independencia de Cuba lo trajo a Puerto Rico, en donde se multiplicó por su causa en vano, i luego volvió a pisar el suelo dominicano. Yo era Director de la Escuela Normal i le ofrecí el sillón que él había honrado, i él lo ocupó de nuevo, a poco como Director de la escuela i como Director de Enseñanza.

En esa breve segunda jornada se reprodujo la lucha, al amparo del ejercicio de la prensa i la tribuna libres, aunque un solo adversario en el Congreso, el Padre Castellanos, luchó francamente en contra del normalismo. Hostos habló algunas veces de la simpática franqueza del joven adversario.

Hay un dato elocuentísimo. A Meriño se le ha atribuido una actitud de enemiga frente a Hostos. Lo he negado i lo niego. Solo hubo entre ellos diferencias de credo i de criterio. Se estimaron i se respetaron. El dato a que me refiero dá testimonio de lo que afirmo. Cinco de los discípulos de Meriño, sus predilectos como seminaristas,—antes lo habían sido Emiliano Tzjera i el malogrado Benito Pina— fueron, si no “una mano de valientes”, como a la suya llamó Martí, una mano pródiga que más de una vez ató los hilos de oro de la Escuela Normal i del Seminario, como adeptos voluntarios i convencidos de las excelencias de la enseñanza cívica del uno i de la enseñanza racional i láica de la otra. Eramos cinco i en ambas jornadas i en la Sociedad de Enseñanza servimos la noble causa del Normalismo. Casimiro N. de Moya, como Consultor de Hacienda, Secretario de Estado i vice-Presidente de la República;— Juan Tomás Mejía, como Legislador, Comisionado del Senado i del Ejecutivo i como Secretario de Instrucción Pública;— José Joaquín Pérez, como Periodista. Diputado i Secretario del mismo ramo;— Francisco Gregorio Billini, como Periodista, Senador, Secretario de Estado i Presidente de la República;— I yo, que siempre estuve a su lado, en todas partes i en todo momento.

La última jornada del Normalismo, promisoría de nuevos triunfos de la verdad, el civismo i la cultura, fué turbada i perturbada por la torpe actuación de los bandos políticos en armas. El último año fué de sombras. El Maestro decaía de fuerzas i en silencio sufría no pocos desengaños. Yo le oí i lo ví apartar los ojos de la tierra i suspirar mirando hacia el horizonte azul



de mar i cielo. Así murió. Así lo ví entonces de cuerpo entero. Mas seguía viéndolo de alma entera en su obra i en su vida... En ambas florecían a la par la bondad, la Sabiduría i la Justicia.

La tarde era triste... mui triste! Llovía. La lluvia caía como lágrimas del cielo. El sol, envuelto en una clámide de nieblas, se hundía en el ocaso como si se extinguiese para siempre. La tarde era triste... mui triste! El silencio reinaba en el cementerio... Mudo, con el mutimo de la Esfinge, el cadáver de fisonomía socrática, yacía en el féretro. Mudo estaba el séquito bajo la pesadumbre del gran duelo. Muda la ciudad doliente. Muda la Naturaleza...

De súbito rompió el silencio una voz ungida en lágrimas. Era un grito del alma:— Oh. América infeliz! que solo sabes de tus grandes vivos cuando ya son tus grandes muertos!

Ese grito, convertido en clamor del alma dominicana, pobló el ambiente, i en alas del viento i sobre las olas del mar, cruzó el Archipiélago Colombino de las Islas Madres, i repercutió a todo lo largo del Continente Americano. Acaso le dió la vuelta al mundo.

Siete lustros han transcurrido; i, ahora, cuando se celebra en las tres Antillas i en el Continente el Centenario del natalicio de Hostos, Ciudadano de América, se oye de nuevo el clamor de la noche triste, el cual ya no es una censura ni una protesta, sino una clarinidad de la Historia que nos dice: Los Grandes Muertos dan testimonio de que Los Grandes Vivos no mueren. Ellos sobreviven, cuando son sembradores e iluminadores i con sus obras i con su vida edifican el alma de las generaciones del presente i el alma de las generaciones del futuro.....

## HOSTOS ANTE LA HISTORIA DOMINICANA Y DE AMERICA

DISCURSO PANEGIRICO DE ORDEN, PRONUNCIADO POR EL ACADEMICO  
DON FELIX E. MEJIA.

Señores Académicos;  
Damas y caballeros:

La Academia Dominicana de la Historia me dispensa el honor, para mi preciosísimo, de llevar la palabra en este acto de su homenaje a la memoria del preclaro varón que se llamó Eugenio Ma. de Hostos, con motivo del Centenario del mismo, celebrado el reciente día 11 en el País, en las demás Antillas de nuestro origen y en el Continente. Partió de la Academia la proposición de que el pueblo dominicano y su Gobierno concurrieran al tributo conmemorativo. Me es grato consignarlo de paso, aunque ella sólo considere la iniciativa como el cumplimiento de su deber: Hostos es indiscutiblemente una figura histórica dominicana; tanto, por lo menos, como de Puerto Rico y de toda la América. La gratitud nacional así le ha consagrado.

En cuánto a mí, nunca agradeceré bastante a la Academia mi especial colaboración en este acto solemne. Cronológicamente, ya que no por el mérito, uno de los primeros discípulos del creador en la República, y tal vez en la absoluta verdad pedagógica, de la más racional educación, puse ahínco en ser digno de él, dentro de mi modesta capacidad, en los dos momentos, el último menos breve, en que las circunstancias hicieron al discípulo continuador, entre otros, de la noble docencia del Maestro: en sólo la Escuela Normal, la primogénita, durante parte del lapso transcurrido entre la primera y la segunda aparición del astro en nuestro cielo (por que no cuento su simple asomar en 1875), y después,

con más amplias atribuciones, cuando se hubo extinguido para siempre aquella lumbré esplendorosa. Y hago esta mención únicamente para justificar, si ello fué acierto, el alto cometido que para ahora se me ha confiado.

Aunque los años dejaron ya caer, sobre este cuerpo envejecido y de cabeza que blanquea, una carga onerosa de achaques físicos y dolores morales, de esperanzas muertas y desengaños vivos, pero sin postrarme ellos el alma, aún entera y al servicio del más puro ideal, ahora mismo se me figura que asisto a la clara enseñanza hostosiana desde el banco de la Escuela y en el aula principal, que estuvo aquí precisamente, donde mi voz se deja oír algo turbada, porque ora reverente a los manes venerandos del Maestro; aula que había sido otrora parte preeminente de un templo en que también, en sus tiempos pasados, se oficiaba al culto que los mayores nos legaron; en este mismo sitio desde el cual me obliga la dolencia de mis extremos miembros a hablaros de él sentado ante vosotros, aquí, por propia autoridad reconocida, pontificaba el sabio con esa su devoción de la verdad y la justicia que inspiraron en todo momento el credo inmaculado de su espíritu y la norma reguladora de su acción. ¡Cuántos de aquellos —¡casi todos!—, los que en torno suyo recibíamos en nuestros odres nuevos el vino aún reciente de su rica viña; cuántos, dije, y repito ¡casi todos!, cayeron ya como él, antes o después, abatidos por la muerte! Mientras queda en pié el recinto, cambiado en poco su esencial destino, símbolo quizás de nuestra humana vida: primero, flamante nido ella de la ingenua

